

Jorge M. Reverte

La caída de Cataluña

Crítica
Barcelona

Índice

<i>Muchos agradecimientos y una advertencia</i>	11
I. UNA BATALLA ANUNCIADA	15
11 de diciembre	21
22 de diciembre	34
II. ATAQUES Y CONTRAATAQUES	41
23 de diciembre	45
24 de diciembre	59
25 de diciembre	65
26 de diciembre	70
27 de diciembre	73
28 de diciembre	80
29 de diciembre	95
30 de diciembre	98
31 de diciembre	102
1 de enero	114
2 de enero	121
3 de enero	124
4 de enero	127
III. COMBATIR EN CAMPO ABIERTO	131
5 de enero	135
6 de enero	141
7 de enero	146
8 de enero	150

9 de enero	155
10 de enero	160
11 de enero	164
12 de enero	170
13 de enero	175
14 de enero	179
15 de enero	190
16 de enero	205
17 de enero	215
18 de enero	222
19 de enero	227
20 de enero	232
21 de enero	239
22 de enero	247
23 de enero	254
24 de enero	267
IV. BARCELONA CAE SIN GLORIA	277
25 de enero	281
26 de enero	298
V. HÉROES Y DESBANDADOS	317
27 de enero	321
28 de enero	341
29 de enero	356
30 de enero	363
31 de enero	367
1 de febrero	372
2 de febrero	381
3 de febrero	392
VI. EL LLANTO Y LA JUSTICIA	401
4 de febrero	404
5 de febrero	416
6 de febrero	428
7 de febrero	435
8 de febrero	445
9 de febrero	457
10 de febrero	473
11 de febrero	484

ÍNDICE

555

12 de febrero	489
13 de febrero	494

<i>Notas</i>	497
<i>Bibliografía</i>	521
<i>Índice alfabético</i>	529
<i>Índice de mapas</i>	551

Muchos agradecimientos y una advertencia

LA MATERIA DE ESTE LIBRO ES LA VERDAD, o las distintas versiones de la verdad, sobre unos hechos escabrosos. Trabajar sobre esa materia exige ser cuidadoso, recabar toda la información posible, depurarla, contrastarla y no dejarse arrastrar por la emoción. Creo que el haber escrito antes sobre otros episodios de la guerra civil española me ha ayudado a mejorar ese complejo proceso, que obliga a hurgar en archivos, a leer libros y a entrevistar a personas antes de aplicar una forma literaria que pretende ser ordenada, precisa y estimulante, y se propone combinar lo mejor posible el rigor documental con la experiencia personal de quienes estaban allí.

Debo confesar que no me entusiasma eso que está tan de moda de la memoria histórica, porque desconfío de las fórmulas colectivas de acercamiento al pasado o al futuro. Una visión uniforme del pasado conduce con facilidad a un destino único de futuro. Con estas cosas, tarde o temprano, acaba apareciendo el patriotismo, que no es el mejor amigo ni de la razón ni de la libertad. Creo y confío más en la Historia y en las memorias. Por eso este libro es como es. Y no necesita más explicación que la que proporcione su lectura.

Para conseguir lo que pretendía he necesitado de la colaboración más que entusiasta de mucha gente. En primer lugar, de personas que se han brindado generosamente a regalarme su memoria. En otras ocasiones, han sido los familiares de los protagonistas quienes me han proporcionado las historias que no sólo dan el alma a la narración, sino que en muchos casos aportan datos de crucial importancia. Manuel Mora, Rafael Morales, Miquel Girós y Jaime Renart no han podido ver el resultado de una empresa en la que tan decisivamente colaboraron. Ester Cardona, Ricard Fernández Ontiveros, María del Carmen Tamayo, Ángel Tamayo, Jordi Soler,

Xavier Ferras, Jaume Fabre, Alfonso de Ybarra, Susanna Anglés, Emilio Fonollosa, Xavier Figueras, Pilar Ruiz Albisu, Maite Pagazaurtundua, Francisca Serrano, Manel Barceló, Teresa Carbajo, Maria Boix, Margarita Ucellay, Miguel Martorell, Ernesto Santolaya, Jesús González, Juan Maynar, Antonio Castro, Manel Vaqué y Nana de Juan son algunos, no todos, de los que me han ayudado.

Manel Vaqué y Nana de Juan me han dado algo que supera lo que cualquier escritor que trabaja sobre materiales ciertos, sobre la verdad, nunca puede agradecer lo suficiente: las historias que complementan la que me legó mi padre, Jesús Martínez Tessier. Gracias a mis anteriores trabajos, sobre las batallas de Madrid y el Ebro, pudimos encontrarnos, y los recuerdos de Manuel Vaqué, «El Descalzo», y Eladio de Juan, que compartieron con mi padre una gran parte de la guerra, llegaron a mis manos y me permitieron reconstruir unas relaciones que jamás habría podido concebir si me hubiera planteado escribir una historia de ficción. Tres camaradas de tan diferente ideología y procedencia social que pusieron la decencia y la solidaridad por encima de sus formas de entender la política. Para mí, como se puede comprender, ha sido una experiencia emocionante recoger esos testimonios de origen independiente que no se habían cruzado hasta que cayeron en mis manos y que, por tanto, no se habían «contaminado». Ninguno de los tres había leído antes de morir la historia de los otros. Eso para un narrador es un auténtico tesoro de veracidad.

Jaime Renart y Manuel Mora me dieron, antes de sus no prematuras pero sí tempranas muertes, explicaciones que aclararon algunos hechos de cierta trascendencia. Eran buenas personas los dos. Y les tomé cariño.

Debo manifestar también mi gratitud a instituciones como el Museu d'Història de Catalunya, la Universitat Rovira i Virgili de Tarragona, el Archivo Histórico Nacional, el Servicio Histórico Militar, el archivo de la CNT de Madrid, la Hemeroteca Municipal de Madrid y la Fundación Pablo Iglesias muy especialmente. En todos esos lugares encontré algo más que la colaboración obligada de unos trabajadores. Encontré entusiasmo y grandes facilidades personales. Mi agradecimiento especial a Duca Aranguren, Chiqui y Agustín.

Josep Pernau escribió hace años una espléndida crónica periodística sobre los mismos acontecimientos que yo narro aquí. Ese libro es ejemplar, y me ofreció algunas pistas sobre cómo abordar mejor mi trabajo. Pero Pernau me dio mucho más que un ejemplo. Me proporcionó contactos, datos y documentos de su archivo personal que tienen un extraordinario valor para la narración que sigue.

José Andrés Rojo, nieto del general Vicente Rojo, me ayudó a encontrar algunos documentos de difícil localización. Y con él pude contrastar

puntos de vista y conclusiones sobre el papel crucial que desempeñó su abuelo en su condición de jefe del Estado Mayor del ejército republicano. He de señalar que mientras estoy redactando estas páginas aún no conozco su libro sobre Vicente Rojo, y que no sería de extrañar que hubiera diferencias entre una y otra interpretación de su figura, aunque pienso que es difícil que eso suceda.

Enrique Moradiellos es uno de los más interesantes historiadores españoles, especializado en las relaciones exteriores durante la guerra civil y el franquismo. De sus libros he aprendido mucho. De la generosa conversación con él, más todavía.

Joan Maria Thomàs me ha ayudado de muchas maneras. No sólo con aportaciones documentales y contactos con las personas que me han proporcionado documentación suplementaria. También ha sido fundamental su cariñosa dedicación para esclarecer algunos enfoques, como el de la especificidad de la represión franquista contra los republicanos en Cataluña y la complejidad del mundo de los catalanes que huyeron a la zona franquista. Para colmo, leyó el primer manuscrito del libro, y me ayudó a matizar y a enriquecer algunos puntos que me parecen esenciales. Las prolongadas y frecuentes conversaciones con él me han servido para alcanzar en muchas ocasiones ese maravilloso punto en que lo que se hace evidente no es lo obvio.

A Enric Ucelay le debo también muchas horas de su precioso tiempo. Me animó a llamarle cuantas veces necesitara y me invitó a compartir generosamente con él su vino y las estupendas rodajas de pan con tomate que prepara Dorsey, su mujer. Y me colmó de sugerencias, siempre brillantes, a las que no sé si he sido capaz de hacerles honor. Por si fuera poco, aunque con la advertencia de que debía ser moderado, me dejó fumar en su casa, antes de que eso estuviera prohibido. Espero haber aprovechado bien su profundo conocimiento de la política catalana de los años veinte y treinta.

Santos Juliá también leyó el primer manuscrito y me hizo sugerencias y precisiones cruciales. Su dominio de la política de la época y de los personajes que la protagonizaron ha sido tan importante para acabar bien el libro que no sé cómo corresponderle. Y, sin embargo, le debo algo más, que es la lectura de su última obra, Historias de las dos Españas. Con esa interpretación, basada en el concepto de relato de Hannah Arendt, con su espléndida investigación sobre el largo y complejo período que destripa, todo ha funcionado mejor a la hora de comprender los acontecimientos que interesan a este libro y escribir sobre ellos, a la hora de leer a quienes interpretaron, desde todos los bandos, los sucesos de aquellos tiempos tan cercanos.

A todos ellos, y a Mercedes Cabrera, a la que siempre exprimo cuando escribo sobre historia, les debo algo tan importante como el impulso de continuar metiéndome en camisa de once varas.

Me han prestado también su ayuda incondicional Cristina Solares, que leyó el manuscrito y me hizo comentarios inteligentes sobre él, Socorro Thomàs y Miguel Hernández. En las duras tareas de documentación, Juan Manuel Oña, Diana Plaza y Mario Martínez Zauner. Mercedes Fonseca leyó el manuscrito y encontró repeticiones e incongruencias que fueron remendadas a tiempo. A Miguel Gómez, por la investigación gráfica, y a Pedro Arjona, por la portada, les debo también mucho.

La única advertencia que debo hacer a los lectores es que no tienen ninguna necesidad de leer los partes de guerra de los dos bandos con los que se cierra cada día de la batalla. Sí pueden ser útiles para calibrar la forma en que éstos interpretaban los acontecimientos, y cómo querían transmitirlos a sus respectivas retaguardias. También, en ocasiones, para obtener documentación precisa sobre algunos hechos, localizaciones y movimientos. Pero la narración principal es autónoma de esos comunicados oficiales.